que se habia marchitado, envenenada por el aire viciado, por los malos olores y por el humo; hizo una reverencia amistosa á la tendera y á la criada, y se marchó cantando por lo bajo una canción poco moral.

—¡Qué encanto de hombre!—exclamó la dueña.—¡Qué guapo y qué bien vestido va!

—Sí, sí—dijo Buscare con rabia;—pero si hubiera que contar con ese mico para que nos ayudara á vivir, nos llevaríamos un solemne chasco.

Y al ver que la tendera se disponía á marcharse, el gascón dijo á la dueña:

—Vamos, querida, buenas noches; y no sueñes conque tu guapo y buen mozo Marcial va á crearnos rentas.

—¿No te quedas?

—No, tengo que cavilar mucho. Hasta mañana.

—Adiós.

Cuando se halló fuera, y al mismo tiempo que se dirigía á su casa, situada en una infesta habitación de la calle Gaurot-de-Mauroi, se decía:

—¡Ah! pretendes saber las cosas y guardártelas para tí; ya lo veremos. He espiado á otros más tunantes que tú. Si tienes una gallina que ponga huevos de oro, di dónde está y seremos dos á aprovecharnos.

XVI

En un palco.

Aquella misma noche, en la Opera Cómica, se representaba esa maravilla que se llama *Carmen*.

El autor ha muerto antes de ver la apoteosis.

De cuando en cuando ocurre eso con los genios.

Aquel llevaba un nombre que apenas oyó pronunciar en vida: Jorge Bizet,

En cambio, pudo leer en vida la crítica tan acerba que de él hicieron esos sabios tan hinchados como pavos, que se dedican á críticos de periódicos, pues muy pocos poseen las cualidades necesarias del oficio.

Cuando estuvo en el otro mundo, se notó que había tenido genio en éste.

Algo tarde era.

Carmen ha dado la vuelta al mundo y continúa su marcha triunfal.

En un palco de la derecha del escenario había dos espectadores que se ocultaban á las miradas del público.

Había en él un hombre y una mujer,

El hombre era un anciano de sesenta años próximamente, pero que estaba aún muy tieso.

Su cabeza, en extremo distinguida con sus cabellos blancos, un poco rizados gracias á las tenacillas de su ayuda de cámara; su bigote gris, sus rasgos sonrientes y finos, acusaban lo que en el lenguaje hípico se llama sangre.

Alto, vestido de frac, que le sentaba muy bien, con alegres ojos miraba á su compañera con una ternura paternal.

La mujer podría tener unos veinte años menos que él.

Era Carolina Ramel.

Es imposible imaginarse una *toilette* más vaporosa, más ligera, mejor escogida para hacer valer los restos de una belleza que había debido ser muy notable algunos años antes.

En la penumbra en que se hallaban, nadie al verla la hubiera dado más de treinta años de edad.

El corte de su rostro era delicioso y atractivo.

El anciano se llamaba el duque de Lusay.

El señor de Lusay era el abuelo de la joven marquesa de Bordes.

Levantemos una punta del velo, debajo del cual se ocultaban aquellas dos existencias, unidas por un lazo que databa de largos años.

El duque había sido la providencia de la novicia del convento de Quimper, su amigo, su protector, y nadie hasta entonces hubiese podido sospechar su intimidad.

Muy amigo de guardar las formas, enemigo acérrimo del escándalo, el señor de Lusay, aunque era viudo cuando tuvo el primer encuentro con aquella cuyos esfuerzos debía dirigir, ayudándola á hacer fortuna, había tomado todas las precauciones para permanecer en la oscuridad y no dar el menor motivo á la crítica.

Aquella noche había llegado solo á la Opera y Carolina había llegado después.

Estaban en la mitad del cuarto acto.

Los celos furiosos de Don José, el soldado cambiado en bandído por el amor de una bohemia de la fábrica de tabacos de Sevilla, rondaba á las puertas de la plaza, donde combatía Escamillo, el brillante torero, al cual Carmen, con su candorosa voz, acababa de declarar su pasion.

«¡Sí, te amo!»

El duque se levantó para escapar á los apretones del final.

Cubrió los hombros de su amiga con una salida de baile, al mismo tiempo que decia:

—Vámonos pronto.

Un coche de los del Círculo les esperaba á la puerta.

En él montaron en el momento en que los últimos acordes de la orquesta acompañaban los últimos suspiros de la bohemia, asesinada á puñaladas por su amante.

El cochero habia recibido órdenes.

Pocos minutos después se paraba á la puerta de un célebre restaurant situado en la plaza de la Magdalena.

El duque y la modista subieron al piso principal y se encerraron en un gabinete muy conocido, donde estaba servida una modesta cena.

El mozo desapareció á una señal que le hicieron.

—Querida mia—dijo el anciano,—debo decíroslo todo... No ha sido únicamente por el deseo de veros por lo que he venido á París hoy... ¿Quereis langostinos?

—Sí; poned dos ó tres.

—El campo me ha vuelto holgazán y comodón.

—Estais tan cómodamente en Lusay...

—En verdad, aquello es muy bonito; hay allí árboles veteranos á los cuales admiro constantemente, y mi jardinero es un artista...

Se sonrió.

—¿Os acordais de la velada que pasamos en secreto en aquella casa, donde lo único que me falta es teneros á mi lado?...

—Sí.

Carolina añadió con un suspiro de sentimiento:

—¡Cuántos años hace!

—¿Y todas las precauciones que tuvimos que tomar para que no nos viera nadie?

—Sí, me acuerdo perfectamente.

—Eran las nueve de la noche... Bajasteis del tren completamente vestida de negro... Quería enseñaros mi morada predilecta... Me parece que cuando se ama gusta decirse:—Ahí está... Piensa en mí... Se ve la casa y el jardín... aunque se esté á muchas leguas de distancia... Se encuentra uno con frecuencia en su cuarto... Estas son las pequeñas alegrías de la vida... Os había indicado la topografía de mi país y de mi posesión de Lusay... Os esperaba en un sendero á trescientos ó cuatrocientos metros de la estación... Llegamos al parque, donde estuvimos paseándonos completamente solos un buen rato, sin más acompañamiento que algunos ciervos y liebres.

—Que me dieron buenos sustos.

—Estaban ellos más asustados que nosotros. Os enseñé casi todo el castillo donde teníamos

casi la completa seguridad de no encontrar á nadie... Os lo hice ver de arriba á abajo... ¿Lo habéis olvidado?

Carolina movió la cabeza haciendo un signo negativo.

—No—dijo.

—A las once os acompañé al último tren con las precauciones de un marido que da salida á la querida de su domicilio conyugal, y nadie notó aquella visita, que yo no puedo olvidar. Quedó en aquella casa algo asi como un perfume vuestro; pero desgraciadamente no habéis vuelto á poner los pies en ella. El mundo tiene sus exigencias.

El anciano parecía rejuvenecerse por sus recuerdos.

—Hace muchos años de esto y tengo los detalles tan grabados en la imaginación, como si datasen de ayer. ¡Qué hermosa érais entonces!

El duque añadió con infinita dulzura:

—Lo cual no quiere decir que ya no lo seais. Sois la amante de mis últimos años y os estoy muy agradecido... ¿No tomais pollo?

—Sí, un muslo.

—Siempre habéis tenido buen apetito; animais á comer. Una de vuestras mejores condiciones es que siempre habéis sido sencilla y natural.

—En eso no he hecho más que seguir vuestro ejemplo.

—Sí, es cierto que he tenido empeño en dirigiros, en formaros, digámoslo así. He sido vuestro profesor—dijo el anciano;—pero preciso es reconocer que no me ha costado gran

trabajo enseñaros. Teníais buenas condiciones. Cuando os encontré no conocíais Paris y quizás sin un buen guía os hubiérais perdido para siempre.

—Me acuerdo que fué en la calle de Rivoli.

—Sí, á la entrada de las Tullerías.

—Lloraba, no sabiendo hacia donde dirigirme; no sabiendo á quién acudir, sin más dinero en el bolsillo que unos ocho ó diez francos.

—¿De la cantidad que la señora de Kerdaniel os habia prestado?

—Decid más bien que me habia dado, porque no tenia ni la menor probabilidad de podérsela devolver. Y sin aquella feliz casualidad...

—Yo me paré delante de vuestra personita.

—Sí; para preguntarme cuál era la causa de mi pesar.

—Fué una suerte para mí.

—Y para mí—añadió la modista.

—Os obligué á levantar la cabeza, y al ver vuestro rostro surcado por las lágrimas, sentí una emoción indecible. Nunca hubiera podido soñar que bajo una cofia de una bretona pobre pudiese encontrarse una cara tan preciosa. Desde el primer momento presentí que habíais de desempeñar un gran papel en mi vida... Y en efecto, así ha sido.

Carolina preguntó:

—¿Pero no me habéis dicho cuál es la causa que os trae por aquí hoy?

—Voy á decírosla... Desde hace bastante tiempo tengo en Lusay á toda mi familia... No es numerosa. Se compone en total de tres personas.

—Vuestra nieta...

—Gabriela, su marido y la anciana marquesa de Bordes, amiga muy rica... y nada más, porque no quiero contar ese gran número de primos que tan solo piensan en las probabilidades que pueden tener para pescar mi herencia. Pues bien; he notado que toda mi familia, excepción hecha de la marquesa, está muy atribulada...

—¡Como! ¿no se llevan bien el marqués y vuestra nieta?

—Por el contrario, reina entre ellos la más evidente simpatia. La unión no tiene nubes... Pero no sé por qué están tan cabizbajos y tan tristes el uno como el otro.

—¿Y á qué causa lo atribuís?

—Si lo supiese, es casi seguro que no estaría aquí. Esta mañana los pájaros han levantado el vuelo, poniendo por pretexto un viaje á la Turena... Estarán en París tan solo dos dias... y como no he sido listo para saber sacarles, cuando estaban en mi casa, cuál es la causa de su tristeza, he tomado el tren para preguntárselo aqui... Pasaré mañana el dia en ésta, veré á Gabriela y me tendrá que decir lo que ocurre... ¡Pobre Gabriela, tan buena, tan cariñosa como es! Vamos; un vasito de este Chateau Laffitte, querida.

—Como querais. ¿Y no os podéis figurar nada, nada sospechais?

—¿Sobre qué?

—Sobre esa tristeza de que me hablais.

—No.

—¿Habrá tenido grandes pérdidas el marqués?

—No.

—¿No habrán regañado por cualquier cosa?

—Tampoco; de Bordes es el hombre más leal del mundo, y su mujer no vive más que para él.

—¿Y la marquesa, su madre?...

—La he preguntado cuál era su opinión, y no sabe absolutamente nada.

—Y esa tristeza es real. No exagerais las cosas, por lo bueno que sois.

—De ninguna manera.

—Es extraño... porque á mi modo de ver, Raimundo y Gabriela parecen estar en la primera juventud... Tienen todo cuanto se necesita para ser felices, fortuna y salud y el aprecio de todo el mundo; y de repente, tan solo hace unos días, un soplo parecía haber echado á volar su felicidad... El marido está tan sombrío como una noche de invierno... la mujer está muy inquieta y atormentada, está muy impaciente... Se pone muy nerviosa... La he sorprendido con los ojos enrojecidos por el llanto, y se pasa los dias escribiendo no se qué en secreto. Envía á todos cartas, y nadie sabe de lo que esas cartas tratan; recibe más correspondencia que un ministro, y el otro dia al preguntarla para qué servían todos aquellos papelotes, me contestó con gran misterio:

—Abuelito, se trata de llevar á cabo una buena acción.

—Pues bien, querida amiga; esa misteriosa buena acción me tiene muy preocupado... Tengo interés en saberlo todo... Mañana, si soy un buen diplomático, sabré todo cuanto al gran secreto se refiere... No es que yo tenga desconfianza de mi Gabriela... ¡Dios me libre!... pero

desconfío de las buenas obras que hacen llorar á los corazones que las llevan á cabo.

—¡Teneis razón!... Y os volvereis á Lusay.

—Tan pronto como haya visto á Gabriela.

—Antes de marcharos, ireis por la calle de la Paix.

—No es lo probable... Tengo que ir á recibir á unos amigos que llegarán á verme, y aunque son muy íntimos, deseo estar en Lusay antes que lleguen.

El duque añadió sonriéndose:

—Además, me encuentro cortado entre tantas jóvenes como tenéis, que no hacen más que mirarme con curiosidad. Sé de seguro que deben decirse unas á otras:—Mirad el viejo chocho; de seguro viene á pagar las cuentas de alguna señorita, ¡pobrecillo!

—¡Qué timidez!

—No tiene nada de particular; en fin, mañana no me veréis probablemente, pero volveré...

—¿Pronto?

—¡Claro! Ya sabéis que para mí constituye una verdadera alegría estar á vuestro lado aunque no sea más que unos minutos; la amistad que os profeso es muy profunda.

La modista añadió:

—¿Más que mi agradecimiento?

—No hablemos de eso; yo soy aquí el único deudor. Lo que más me gusta de Lusay es que está tan cerca de París, que en muy poco tiempo puedo venir á veros. Cuarenta minutos de ferrocarril, y ¡zas! se está en París.

—Cuando volváis la primera vez, os tengo que enseñar una pequeña maravilla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

—¿De qué género?

—Una compatriota mía que me ha recordado por completo mi entrada en la inmensa ciudad de París.

—¡Ah!

—Sí, una pobre joven honrada, inteligente y animosa, que una amiga me ha recomendado al morir; y que vino á buscarme con su cofia y con refajo de color.

—¿Igual que vos vinísteis?

—Igualitamente.

—¿Y la habéis recibido?

—Con mucho gusto. Debía esto y mucho más á la memoria de mi amiga Kerdaniel.

—A propósito, ¿cómo está su hijo?

—Está mejor. Ha sido un milagro que haya podido sobrevivir á sus heridas. Volverá muy pronto á Francia.

—¿Cuándo?

—Supongo que en seguida.

—¿De modo que es bonita nuestra bretona?

- Hay que verlo, todas cuantas palabras emplee no pueden demostraros lo que una de sus miradas. ¡Qué candor! ¡Qué gracia!

—¿Queréis una copita de aniseta?

—No, mejor es chartreuse.

El anciano llamó.

El mozo se presentó.

—Señor duque...

—La cuenta.

—Está bien.

A las doce y media el anciano dejaba á la célebre modista á la puerta de su casa.

Desde la acera presentó la frente á su amigo, que colocó en ella sus labios suspirando.

—¡Hasta muy pronto! ¡Escríbeme!

Esperó á que la puerta se hubiese cerrado detrás de ella, y el cochero tomó á galope la dirección de la calle de Lille.

Al día siguiente, muy de mañana, el duque salió de su casa y se dirigió al hotel de Bordes.

El imponente conserje hallábase sentado delante de la puerta de su pabellón, gozando de la frescura de aquella hermosa mañana de verano.

—¿Está mi nieta?—preguntó el anciano.

—La señora marquesa está en su cuarto?

—¿Sola?

—¿Creo que sí, señor duque.

—¿Y Raimundo?

—Ha salido.

—¿Y la señora de Bordes?

—La señora marquesa en misa.

—Está bien.

El duque atravesó el dintel, pensando:

—¡Qué suerte coger á Gabriela á solas! Voy á confesarla.

Subió la monumental escalera y vió á la doncella de Gabriela, que, habiendo sido avisada por el timbre, le salía al encuentro. La cogió la barbilla, diciendo:

—¿Y tu ama?

—Está en su cuarto, señor duque.

—¿Qué hace?

—La señora marquesa debe estar escribiendo.

—Está bien; pues no necesitas anunciarme.

Y sin la menor ceremonia abrió una puerta y después otra, y vió una mujer inclinada so-

bre una mesa, muy ocupada en escribir, para dar contestación á una carta que tenía delante.

La mujer no levantó la cabeza, y preguntó:

—¿Sois vos, Antonia?

—No es Antonia, soy yo—dijo el abuelo.

Y al ver que ella le miraba estupefacta por aquella llegada imprevista, el anciano añadió:

—Sí, yo soy en persona; ¿pero qué haces, que no vienes á darme un abrazo?

—Es que me ha sorprendido vuestra presencia. Creia que estabais en Lusay.

La joven se levantó y se precipitó en los brazos del anciano, que la apretó fuertemente contra su pecho al mismo tiempo que repetía:

— Sí, yo soy, y vengo tan solo á verte. ¿Estás sola?

—Completamente sola.

—En ese caso me lo vas á decir todo.

—¡Todo!—exclamó con extrañeza.

—Sin omitir una sílaba.

—¿Pero qué quereis saber?

—Lo que sucede...

—Pero...

— Basta de rodeos... Decidlo todo... Quiero saberlo... Esta casa está trastornada... Teneis aquí todos cara de muerto... Cualquiera diría que teneis los demonios en el cuerpo... Yo quiero saberlo todo, lo oyes, absolutamente todo...

Se sentó al lado de la mesa, y apoyando el codo dijo:

—Vamos, estoy esperando...

Gabriela no contestó en un principio, no sabía qué hacer.

—¿Qué habeis notado?—preguntó por fin.

—Vamos, déjate de preámbulos. Dime francamente lo que os pasa.

—Abuelo... sucede... que no conozco ya á mi marido... El, que era antes tan alegre, está ahora muy triste.

—Es verdad.

—¡Ah! ¿También tú lo has notado?

—Claro; para no verlo se necesitaría estar ciego. Para metamorfosearle de ese modo ha sido preciso un trastorno completo, algo extraordinario, una catástrofe... ¿Cuál?

—Es que... abuelito—dijo la joven, cobrando valor al ver la tranquilidad del anciano,—es una cosa muy difícil de esplicar.

—Bueno; pues empieza... Con unas cuantas palabras te entenderé en seguida.

—Es que es muy largo... muy largo...

—No importa... no tengo prisa...

—Pues bien; sea... He sorprendido un dia, hace unas cuantas semanas, un secreto...

—¿Qué secreto?

Gabriela bajó la voz.

—Un secreto de mi marido.

—¿Grave?

—¡Oh! sí, muy grave.

—¿Cómo te has valido?

—Una mañana, próximamente á estas horas... No sabía qué hacer; estaba aburrida... Fuí á dar una vuelta por el despacho de Raimundo en el momento en que él no estaba... ¿Ya sabeis que en su despacho hay una mesa muy bonita?

—Sí, la conozco.

—Abrí los cajones para admirar el trabajo.

¡Oh! os aseguro que mi curiosidad no tenia otro objeto... De repente, mis ojos se fijaron en una carta que estaba abierta... Sin darme cuenta, leí las primeras líneas... En seguida se apoderó de mí una irresistible curiosidad... Leí aquella carta de un extremo á otro, y cuando hube terminado la lectura me quedé anonadada... Tenía la explicación de la tristeza y de las inquietudes de Raimundo...

—¿Qué supiste?

—Os lo voy á decir, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no se lo diréis á nadie.

—¿Tan grave es la cosa?

—¡Oh!

—Sea, acepto.

Gabriela dijo, levantando el dedo y en voz muy baja, para afirmar más la gravedad del hecho:

—Raimundo tenía una querida.

—¡Ah, bah!

—Antes de nuestro matrimonio.

—Respiro...

—No os burléis, os lo suplico... Es más serio de lo que creeis.

—Entonces me estremezco.

—Aquella querida se llamaba Teresa...

- Nombre encantador.

—De aquella querida tuvo una hija.

El anciano se mordió los labios.

—Cuernos, cuernos, la cosa se agria; pero hasta ahora no veo nada de extraordinario... Y si la chiquilla no es contrahecha ó tuerta...

—No os burléis... Os lo prohibo.

—Obedezco...

—Pues esto no es nada aún.

—Vuelvo á estremecerme

—La querida de mi marido...

—Es decir, de Raimundo, porque aún no lo era—rectificó el duque, levantando el dedo á su vez.

—Perfectamente. La querida de Raimundo era casada.

—Esas cosas se ven muy á menudo, por desgracia. Ya veo lo que ocurrió... El marido la sorprendió...

—Sí... Supo que su mujer le engañaba.

—Y dió un escándalo terrible.

—No, se marchó al extranjero... Tenía dos hijas muy jovencitas... No se llevó consigo más que á la suya... Y como tenía la seguridad, por razones particulares, que la segunda no podía ser hija suya, y además era muy joven para que hiciese una larga travesía, la dejó en Francia.

—¿La abandonó?

—No... Se la entregó á una nodriza... en casa de un cazador furtivo... una persona muy buena, según dicen.

—Rarito es; pero, en fin, pudiera ser.

—El pobre cazador fué asesinado.

—¡Pobre diablo! ¿Por quién?

—No se ha podido saber. Y su mujer, habiendo desaparecido con la niña, no se ha vuelto á saber de ella.

—En una palabra, ¿que no se la encuentra?

—Eso es.

—¿Ni á la niña tampoco?

—Naturalmente.

—¿La niña tendria ahora?,..

—Dieciocho años. ¿Quereis verla, abuelito?

—Bueno. No me disgustaría. La historia es muy interesante,

La joven sacó de un tarjetero el retrato de una niña y se lo dió al anciano, que lo examinó diciendo:

—¿Sabeis que es muy bonita? ¡Preciosisima!

—¿Verdad que sí?

—¡Adorable! ¿De dónde has sacado esto?

La joven marquesa se sonrió tranquilizada por la calma de su abuelo y llena de confianza terminó su confesión.

Desde que había visto la carta de la condesa de Busey—porque Teresa era la condesa de Busey,—no habia tenido más que una idea, buscar á aquellla niña, con el fin de poder decir á su marido: «Tómala; la lloras; aquí la tienes; yo te la devuelvo; esta es la mejor manera de probarte mi ternura y mi cariño.»

Una vez hecha esta resolución, no tuvo ningún escrúpulo.

Rebuscó toda la casa.

Registró todos los cajones, leyó todos los papeles de su marido en los momentos en que tenia seguridad de no poder ser sorprendida.

Habia encontrado un buen número de aquellos retratos.

Habia cogido tres ó cuatro.

—¡Oh! abuelito, podeis guardaros éste; tiene muchos y sé dónde está el escondite.

Y habia más aún.

Hacia toda clase de averíguaciones.

Habia obtenido del prefecto de policía, por la intervención de un amigo, que pusiese á

sus órdenes uno de los más hábiles agentes.

Todos los gastos los pagaba ella de su bolsillo particular.

Había también ido á una agencia llamada Fribur Huchar y C.ª, y les había entregado una buena cantidad, en secreto por supuesto—cinco mil francos,—para que se ocupasen del asunto; pero aquellas gentes la inspiraban poca confianza.

No fiaba en su reputación.

Lo adivinaba por las cartas que le dirigían.

En una palabra; no tenía más que una idea y un deseo.

—Devolver á Raimundo la tranquilidad y la sonrisa á aquellos labios de donde hacía mucho tiempo había desaparecido.

Era conmovedor oirle esplicar al anciano, emocionado muy á su pesar, todo cuanto había hecho y lo mucho que esperaba.

Sin embargo, tenía que declarar que hasta entonces no había obtenido ni el menor dato.

La pobre viuda permanecia perdida; pero á fuerza de constancia y trabajo se llegaria á saber el mejor dia lo que habia sido de ella.

Y, lo mismo que Teresa, decia:

—La Francia no es tan grande. ¿Verdad, abuelito?

—No, hija mia. ¿Y Raimundo no sospecha nada?

—¿Que yo estoy al corriente?...

—Sí.

—No, os lo aseguro.

¡Oh, lo que es de eso tenia la más clara evidencia!

Y haciendo un movimiento de vanidad in-

fantil, dijo á su abuelo las mismas palabras que le decia cuando era chiquitita:

—Ya sabes, abuelito, que soy más lista de lo que parece...

Una lágrima apareció en los ojos del anciano, y cogiendo la cabeza de su nieta entre sus manos, la besó cariñosamente.

—¡Eres una santa!... Desde este momento tienes en mí un colaborador, y la gloria será de los dos, si logramos lo que te has propuesto.

XVII

Decaimiento.

Teresa se hallaba en su casa escribiendo.

No habia casi nadie en París.

El calor tórrido de aquel año habia puesto en fuga á los partidarios más encarnizados de sus boulevares y de sus calles.

Hablamos de aquellos cuyos portamonedas les da la libertad necesaria para cambiar de residencia cuando les conviene.

Se necesita tener asuntos urgentes que resolver para quedarse en ese horno cuando puede uno sufragar los gastos de una playa ó del campo.

Teresa no podia resolverse á alejarse.

La parecia que si no estaba allí, el poco celo que demostraban tener sus agentes se apagaría de repente.

Sin embargo, sus servicios se resumian en muy poca cosa.

Muchas frases, protestas incesantemente renovadas, protestas á carros.

Y nada más.

Ni un átomo de luz habia logrado consolarla.

No obtenian el menor resultado.

Las vanas ilusiones que hacían brillar ante sus ojos, se desvanecian unas después de otras.

Anuncios en los periódicos, pesquisas de todas clases, el concurso hasta de las autoridades, nada tenia éxito.

En el fondo, no habia que extrañarse.

Todo se destrozaba ante el triple obstáculo.

Una loca que no podia decir ni ver nada.

Un agente llamado Buscare que se callaba por conveniencia propia, y que esperaba aprovecharse del secreto, que era el único en conocer.

Y, por fin, un bretón, con una cabeza más dura que un guardacantón, que no leia nunca los periódicos.

En cuanto á Susana, tenia demasiado en qué ocuparse para poder dedicarse á buscar unos padres cuyo recuerdo habia perdido.

Además, ¿qué sabia ella de su pasado?

Nada.

No conocia más que una madre, la loca de Landeron, de la cual era el único sostén.

Y además debe decirse todo.

No podia perder el tiempo en sueños inútiles.

Si de cuando en cuando dirigia una mirada hacia atrás, era para pensar en Landeron, en los amigos que allí habia dejado, en su cabaña